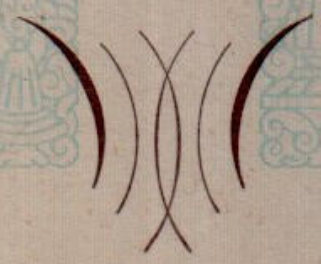
Victor Sedaca

Miranda hacia adentro



VÍCTOR SEDACA

TEMAS SOBRE LA IGLESIA

Presentación

Tengo el honor de presentar al público español mi apreciado amigo y hermano en Cristo, Don Víctor Sedaca, pastor de la Iglesia Bautista de Albacete. En el mes de Septiembre del año pasado, el Sr. Sedaca llegó a España, acompañado de su esposa y dos hijitos, procedentes de Montevideo, donde después de cursar los estudios del Seminario Bautista de Argentina, él se había dedicado al pastorado. Cuando se les presentó la gran necesidad de obreros cristianos en España, los Sres. Sedaca, como Isaías, oyeron la voz del Señor, que decía, «¿A quién enviaré, y quién nos irá?» y ellos contestaron, «Henos aquí; envíanos a nosotros.» Somos muchos los que damos gracias a Dios por su llamamiento a los Sres. Sedaca y que les apreciamos a ellos porque no han sido rebeldes a la visión celestial.

Los capítulos que siguen representan una serie de conferencias dadas por el Sr. Sedaca en unas reuniones de los pastores y representantes de las iglesias de la Misión Bautista en Barcelona a últimos de Marzo. Los oyentes quedaron tan impresionados con los mensajes, que pidieron que se publicasen. Esto se ha hecho con el deseo de que muchos reciban el mis-

mo beneficio que recibieron los que escucharon las conferencias.

Las iglesias son instrumentos de Dios para bendecir al mundo. Mucho depende de ellas, y ellas dependen de sus miembros. Que seamos mejores miembros de iglesia.

Juan David Hughey

EL CULTO A DIOS

"A Él sea gloria en la iglesia por Cristo Jesús por todas las edades del siglo de los siglos, Amén." Efesios 3: 21.

El culto cristiano es la experiencia del espíritu por la cual se siente y se vive la realidad de Dios. Es la actitud por la cual sentimos que Dios es más que una idea o concepto, sino principalmente una persona con la que tenemos relación directa y personal por medio de la fe. El culto pues, es el estado de comunión entre el alma y Dios. El hombre ha sido creado para captar a Dios por medio de su espíritu, de la misma manera que por la radiotelefonía captamos las ondas sonoras del espacio. La creación del hombre y el culto a Dios están ligados indisolublemente, de modo que Dios es la razón de ser del hombre. ¡Cuántos no quieren reconocer esta verdad! Es de veras insensatez mayúscula negarse a rendir culto a Dios, despojando al alma de la única energía para su sostenimiento y su vida misma.

El culto del Antiguo Testamento llenó las necesidades espirituales del hombre con miras hacia el cumplimientó de las figuras y símbolos que constituían su ornamento. Por muchos siglos los descendientes de Abraham conservaron y

perpetuaron el culto a Dios, que, aun cuando era «la sombra de lo por venir» fué lo suficiente para crear y mantener por la fe una verdadera conciencia de la presencia de Dios en el alma de los fieles.

La venida de Cristo arrolló las sombras de lo antiguo para dar lugar a la realidad de lo nuevo. Este fué el período de transición entre el culto judaico y el primitivo culto cristiano. En parte fué imitado el culto del Antiguo Testamento, pero en su espíritu y forma fué renovado, caracterizándose por una vitalidad desconocida no tan solo en la antigua liturgia, sino también en el culto cristiano actual. En efecto, la iglesia naciente del primer siglo disponía para su culto de ciertos dones sobrenaturales que solo parecen haber existido para dar un mayor y más rápido empuje a su desenvolvimiento, pero que después han desaparecido del culto. El más importante de todos por su singularidad es el don de hablar en lenguas. No se debe confundir las lenguas del día de Pentecostés, con el don de lenguas que el apóstol San Pablo menciona en su primera carta a los Corintios en el capítulo 12. En el primer caso eran idiomas, mientras que en este caso pareciera que el que las hablaba se encontrase poseído de un arrebato espiritual que le hacía articular palabras misteriosas que algunos intérpretes creen que fuesen angélicas. Esta opinión está fundamentada en el versículo primero del capítulo 13 de la misma carta del apóstol Pablo: «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas...». Por lenguas humanas se entiende todo idioma y por lenguas angélicas se entenderían las voces y palabras misteriosas ya aludidas.

Otro aspecto sobrenatural del culto primitivo lo constituía

la presencia del don de obrar milagros. Fué una virtud que el Espíritu Santo puso a disposición de la iglesia. No se sabe de ningún caso en que hubiese sido utilizado por algún apóstol o discípulo para satisfacer algún fin personalista; por el contrario los casos que ocurren en el Nuevo Testamento, muestran bien a las claras que detrás del milagro puramente físico, se encontraba lo moral y espiritual. Con el tiempo no resultó ser corriente este elemento en las iglesias cristianas y hoy ha desaparecido casi por completo.

El tercer don ejercido por la iglesia del primer siglo era el de profecía. No nos extraña que este don haya sido repartido por el Espíritu con mayor prodigalidad que en la actualidad, si se tiene en cuenta el peligro a que se hallaba expuesta la naciente iglesia de Cristo. Por eso las profecías siempre, o en la mayoría de ellas, tuvieron que ver con persecuciones, o peligros de índole inmediato. A medida que fueron conociéndose y escribiéndose los escritos del Nuevo Testamento este don de profecía fué desapareciendo como parte integrante del culto. Hubieron otros elementos de menor importancia, que también fueron desapareciendo con el tiempo. Sin embargo es equivocado pensar que al no existir estos dones en nuestro culto actual, éste ha perdido su vitalidad o su valor. Los milagros no fueron la esencia del culto, eran más bien un paréntesis feliz en la liturgia antigua. Lo importante no es lo accidental sino lo esencial.

El investigador eclesiástico Ernesto Scott, en su libro «El carácter de la Iglesia Primitiva», dice que el verdadero culto en espíritu y en verdad, contenía tres partes importantísimas y esenciales, a saber:

1. Lectura de las Sagradas Escrituras.—O sea, Dios hablando al hombre.

2. Oración y Alabanza.—O sea, el hombre hablando a Dios.

3. Sermón o alocución.—O sea, el hombre hablando a su semejante.

Dios siempre tiene que decir algo a sus hijos y al hombre en general. Su palabra expresa su voluntad y desea que sea acatada por los suyos. Hay aliento y estímulo en su Palabra. Hay exhortación y reprensión en su voz. Hay fortaleza y vida en sus preceptos. Hay invitación a la santidad y un inagotable caudal de inspiración en la Escritura Santa. Nada puede substituir en cualquier culto que pretenda ser acepto a Dios, a la voz del Eterno hablando al corazón y mente de los fieles.

Para que exista verdadera comunión debe el culto también contar como parte vital, con una considerable dosis de alabanza y oración, con lo cual el hombre siente que habla con Dios. No solo Dios habla, sino que se alegra también en oir. Algo tenemos que decir a Dios. Alguna gratitud que expresar. Alguna confesión que hacer. Alguna ofensa que perdonar. Alguna alabanza que entonar. Alguna necesidad que presentar a su trono de gracia. No compartimos la idea de quienes piensan que la oración y la alabanza es privilegio de unos pocos seleccionados; por el contrario, creemos que sea una impuesta necesidad que deben sentir todos los creyentes en Dios. ¡Que el hombre hable a Dios es una de las mayores glorias del cristianismo!

El tercer elemento de todo culto verdadero, es el sermón

o alocución, por el cual el hombre habla con su semejante. El predicador tiene algo que decir también a su semejante. No está llamado a predicar a los ángeles o seres celestiales, ni mucho menos a Dios, sino a seres humanos de su misma constitución y mente. De allí la necesidad de ser claro y preciso en su forma de hablar. Algunos creen que utilizar altisonantes términos, o místicas vociferaciones, son señal de espiritualidad y consagración. Los Evangelios no son engorrosas o indescifrables biografías, por el contrario son tan sencillos que asombran por eso mismo. Las epístolas de Pablo o de los otros escritores del Nuevo Testamento, no son un intrincado compendio de doctrinas dificultosas o místicas, sino mas bien la exposición clara y sencilla de la experiencia cristiana a la altura de la mente de todos los mortales. San Pablo dice que si alguien entra a nuestras reuniones y no entiende absolutamente nada de lo que se trata, nos tomarán por locos. Algo tenemos que decir a nuestros semejantes; despojémonos de toda frase hecha o estereotipada y hablemos con sencillez y claridad «de lo que hemos visto y oído». En todo culto verdadero debe haber un lugar prominente para la predicación o alocución, por medio de la cual el hombre expresa su experiencia a su semejante.

Podrán cambiar o desaparecer algunos detalles sin importancia del culto, pero estos tres son el fundamento de todo culto verdaderamente cristiano.

¿Cuáles serían algunas consideraciones prácticas para mejorar la eficacia de nuestros cultos? Creo que mucho nos queda por hacer en bien de nuestros servicios religiosos Evangélicos. Con dolor hemos asistido a cultos que más se

asemejaban a una aglomeración callejera que a un servicio de adoración al Dios de los cielos y de la tierra. Es cierto que no todos nuestros cultos tienen el mismo carácter. Los hay de adoración, de Evangelización, de oración y estudio de las Sagradas Escrituras, de Acción de Gracias, de Santa Cena y otros. Cada uno tiene su propósito y su cariz distintivo. En unos impera la nota devocional; en otros la de llamamiento a los pecadores, en otros la profundización del conocimiento de Dios; en otros la nota de agradecimiento; en otros la de la conmemoración del sacrificio del Crucificado, etc., pero es también ciertísimo que todos ellos están ligados por características similares. Estas son:

1. *Reverencia.* No se debe confundir un púlpito cristiano con un escenario de circo ambulante; ni un ministro de Dios con un payaso; ni la capilla con un mercado. A Moisés le dijo Dios: «Quítate los zapatos porque el lugar donde estás pisando es santo». Ponerse al frente de una congregación y dirigir un culto en nombre del Dios Eterno, no es cosa liviana. Asistir a un servicio donde se quiere rendir culto al autor del cielo y de la tierra, no puede provocar sino un sentimiento de tremenda reverencia. En pleno culto se oye chistar para pedir silencio. Otras veces se manotea, mientras se saludan. En otros el predicador hace chistes que provocan la carcajada general. A veces me figuro que el Señor nos tendría que decir, no tan sólo que quitemos nuestros zapatos, sino también que nos quitemos nosotros mismos, porque estamos estorbando el culto, en lugar de dirigirlo. ¡Reverencia!

2. *Orden.* El momento del culto público no es el más

indicado para las improvisaciones. Existe la tendencia a pensar que es más importante llevar escritas las divisiones del sermón, que todo el programa del culto, con los himnos elegidos, los anuncios del día, y el orden general del servicio religioso. Casi todas nuestras iglesias carecen de un ritual de cultos; sin embargo eso no es una excusa para carecer en absoluto de orden alguno. Si nos colocásemos en el lugar de aquellos que vienen por primera vez a nuestras capillas y observan nuestros cultos improvisados o cuando son espectadores a desórdenes inexplicables, seguramente otro sería nuestro concepto del orden o mejor dicho, otros serían nuestros cultos.

3. *Calor espiritual.* Han habido dos desviaciones importantes en el concepto del culto. La primera aquélla que da todo valor al ritualismo inerte y frío, desconfiando de toda tendencia a la emotividad y de todo calor, a menos que dicho calor y emotividad sean el resultado previsto en el ritual... La otra desviación importante en el concepto del culto cristiano, es la producida por un énfasis desmesurado hacia la parte puramente emocional, prescindiendo de todo lo razonable y mental. Para éstos el culto es una serie ininterrumpida de suspiros, ayes y aleluyas. El que quiera comprender algo por la vía de la mente, saldrá de tal culto tan vacío como había entrado.

No abogamos por lo uno ni por lo otro. Ni iglesias «neveras», ni iglesias de fuego fatuo. Calor espiritual es lo que precisan nuestros cultos, pero un calor controlado por la reverencia, el orden y la razón.

Reconocemos que los que dirigimos cultos, somos más

responsables que aquellos que sólo asisten, de la reverencia, del orden y del calor espiritual que imprimimos a los servicios religiosos. «De tal pastor, tal iglesia», ha dicho alguien. La congregación no se elevará un palmo en sus ideales más de lo que el pastor deseare. Nada hay más sublime que el culto a Dios. Por eso, cada uno a quien el Señor diere oportunidad de dirigir a alguna congregación en un culto, debiera pensar antes de comenzar su actuación: Estoy aquí en presencia de esta congregación y presidiendo este culto, para hacer todo lo posible a fin de que los presentes sientan la realidad y cercanía de Dios en este lugar y también en sus corazones.

Solo entonces, la iglesia habrá ofrecido un culto aceptable en «Espíritu y en verdad».

REUNIONES ADMINISTRATIVAS

"Empero, hágase todo decentemente y con orden".
1.ª Corintios 14: 40.

Desde el mismo principio de la vida de las iglesias, en el comienzo de su desarrollo y crecimiento, se notó la necesidad de dotarla de una organización que pusiese en marcha el organismo espiritual y administrativo. No se deben confundir los términos de «organización», con «mecanización». La iglesia primitiva se encontró con que todo su cometido no era solo la predicación de la Palabra de Dios, sino que, como todo organismo que actúa en un medio ambiente terreno y limitado, tuvo que afrontar problemas de orden administrativo, o técnico en los que se precisaba la dirección del Espíritu Santo a través de la coordinación de ideas, de proyectos y de sugerencias por conducto de mentes que estuviesen al servicio de la Causa de Cristo, y de su iglesia. Es un hecho que el Espíritu Santo no solo ilumina la mente de uno o dos, sinó la de todos aquellos que componen la iglesia y desean ser iluminados de su luz o sujetadas a su inspiración.

Cuando la iglesia pues, se reune con el determinado propósito de tratar sus asuntos de orden interno, decimos que

la iglesia está en «Reunión Administrativa». De la manera que un culto devocional, es la iglesia adorando; y un culto de Evangelización es la iglesia alcanzando con el Mensaje Salvador a los perdidos; y un culto de oración es la iglesia comunicándose con Dios; y un culto de estudio de las Escrituras es la iglesia profundizándose en Dios; y un culto de Santa Cena es la iglesia «conmemorando», así también podemos decir que una reunión administrativa, es un culto donde la iglesia delibera sus asuntos internos. ¿Se puede afirmar que las iglesias del Nuevo Testamento conocían esta clase de cultos? Hay varias razones por las que estamos seguros que así era. He aquí algunas: 1. En el Evangelio de San Mateo, Jesús presenta los tres pasos indispensables para la resolución de todo asunto entre hermanos de la iglesia. Se trata de alguien que ha ofendido a otro. El primer paso es que el ofendido y el ofensor lleguen a un acuerdo amistoso entre ellos solos. Se espera que se arreglen en este primer paso. Jesús continua diciendo que si no se ha llegado a acuerdo alguno, entonces se ponga el caso en conocimiento de dos o tres testigos, y se busque reconciliación por ese medio. Pero se puede dar el caso de que el ofensor ni aun así quiera reconocer su falta y por lo tanto no hay en este segundo paso arreglo del asunto. Entonces nos preguntamos: ¿A quién se debe recurrir ahora? ¿Hay otro tribunal que pueda resolver ésto, que es un asunto entre hermanos—digamos miembros de una iglesia? Jesús enseña que sí. Es entonces cuando viene el tercer paso: «Dilo a la iglesia, y si no oyere ni aun a la iglesia, tenlo (sea para tí) como el gentil y publicano». Mateo 18: 15-17. Este caso es sufi-

cientemente claro como para poder deducir de el que Jesús concedió a las iglesias la autoridad para dilucidar sus propios asuntos internos. Obvia decir que no es el culto público el momento más oportuno para resolverlo, sino que se hace indispensable una reunión de asamblea para decidirlo. 2. El segundo motivo para afirmar que las reuniones administrativas eran conocidas en el tiempo de la iglesia primitiva, es que hay ejemplos de que las tenían, como medio de solventar sus problemas. En la primera carta de San Pablo a los Corintios, tenemos el caso de una decisión tomada por la iglesia en un caso de disciplina. Se trataba de alguien que había cometido un horrendo pecado. La iglesia debía tomar una determinación. El Apóstol Pablo (Cap. 5: 4-5) les dice lo que deben hacer. «En el nombre del Señor nuestro Jesucristo, juntados vosotros y mi espíritu, con la facultad de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para muerte de la carne, porque el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús». La iglesia efectivamente, hizo lo que el Apóstol les aconsejó. Pero luego el extraviado había cambiado de modo de vivir, y entonces la iglesia recibe consejo del Apóstol en otro sentido. (2. Corintios 2: 4-8) «Vosotros más bien le perdonéis y consoléis, porque el tal no sea consumido de demasiada tristeza». En este caso es la iglesia en reunión administrativa, excluyendo y luego restaurando a un miembro caído, pero arrepentido.

No sólo los asuntos de disciplina eran considerados por las iglesias en reuniones administrativas. Todos los asuntos en los que se requería la opinión unánime de la iglesia toda, eran considerados de esa manera. Así por ejemplo, los de-

legados enviados a Jerusalén con las ofrendas, fueron elegidos por la asamblea de la iglesia, como consta en 1.º Corintios 16: 3. «A estos que aprobaréis, mandaré con cartas a llevar vuestra limosna a Jerusalén». En el caso de la elección de los diáconos se lee lo siguiente: «Y plugo el parecer a toda la multitud, y eligieron a Esteban.» No hay duda que las iglesias cristianas de los primeros tiempos, eran iglesias con marcada tendencia congregacional, por lo que era lógico que todo asunto de carácter interno pasaba a ser asunto de deliberación de toda la asamblea. El Apóstol San Pablo tenía mucha autoridad moral y espiritual entre las iglesias, pero esa autoridad jamás fué utilizada pasando por alto la voluntad de la asamblea. Tenía la suficiente iluminación del Espíritu, como para dejar que cada iglesia resolviese sus propios asuntos administrativos o internos. 3. Las iglesias del Nuevo Testamento tenían reuniones administrativas por el carácter congregacionalista de ellas. Estaban compuestas por obispos y diáconos. En un principio los términos «obispos», «ancianos», «pastores», significaban lo mismo, es decir guías de congregaciones locales, así por ejemplo había: «ancianos de la iglesia de Efeso, obispos de la iglesia de Roma, pastores de la iglesia de Corinto, etc.» Estos tenían que ver con las cosas espirituales o del «ministerio de la palabra» y los diáconos con lo concerniente a los trabajos de índole temporal. No obstante no estaban autorizados para tomar decisiones por cuenta propia, cuando en ellas estaba comprometida la voluntad de toda la congregación. Por ello, por su carácter congregacionalista, hacía más que necesario las reuniones administrativas, sin las cuales la responsabilidad

del funcionamiento de la iglesia quedaría a merced de una sola persona o a lo sumo de dos o tres. No hay ninguna razón por fuerte que pudiera parecer, para privar a los miembros de nuestras iglesias del derecho y del privilegio de enterarse de la marcha de todos sus asuntos internos. Esto crea interés, pues muchas veces sucede que hay miembros de iglesias que parecen no sentir mucho interés por las cosas de su iglesia hasta que comenzaron a intervenir directamente en los asuntos administrativos de ella. Suponiendo que una iglesia se encontrase pasando por una crisis financiera, nada producirá un resultado más positivo, que llamar a la iglesia y de forma clara y franca hacer sentir a todos que la salida de esa crisis dependerá de la cooperación y la buena voluntad de todos los miembros. Entonces todos harán lo posible para hacer «salir a flote» a la iglesia que tanto aman. Si todo se reduce a insinuaciones desde el púlpito, o a indirectas en los sermones, puede que no tenga el mismo efecto benéfico, que cuando se lleva el asunto al seno de una reunión administrativa, en la que el tesorero o la Comisión de Finanzas presenten el estado de cosas con toda franqueza y realidad. Lo mismo que se dice en el asunto de las finanzas, es aplicable a todo otro asunto que conduzca a mejorar o a ampliar la misión y el alcance de la iglesia.

Seguramente, que alguno dirá que lo que necesitamos más en el día de hoy, no sea tanto estar convencidos de la utilidad de tales reuniones, como de la urgencia de tenerlas en el verdadero espíritu cristiano, a fin de que las reuniones administrativas cumplan con el propósito determinado dentro de las variadas actividades de la iglesia. Casi todos hemos

asistido a reuniones bochornosas, que más se parecían a batallas campales, que a reuniones de una iglesia compuesta por hijos de Dios y seguidores de Cristo. Un siervo consagrado de Dios ha dicho que «todo miembro de iglesia debe hacer de la reunión administrativa una cita de honor»; lo que hay que evitar es hacer una cita a un lance caballeresco entre hermanos de una congregación. Hemos tenido algunas reuniones de esta clase y nuestros espíritus han salido tan amargados y entristecidos, que nos hicimos la promesa de no asistir a ninguna reunión de ese carácter. ¿Debe ser esto así? ¿Es una ley fatal, qué «reunión administrativa» sea sinónimo de, palabras ofensivas, rostros agrios y actitudes insultantes? Nos rebelamos contra esa idea. Por el contrario debería ser una reunión de tanto provecho para nuestras almas y de tanta bendición para la iglesia, que todos debiéramos decir al terminar: ¡Qué hermoso culto hemos tenido!

No deja de ser motivo de preocupación la forma en que se llevan a cabo algunas reuniones administrativas. Un siervo del Señor ha llegado incluso a recomendar la suspensión de toda discusión en la asamblea de la iglesia. Presenta un plan, por el cual sugiere que gran parte de lo que se debate en las reuniones administrativas podría evitarse, si se tomaran las determinaciones por escrito, es decir, permitir que cada miembro de la iglesia presentase su voto en alguna caja a disposición y al efecto, sobre los asuntos diversos.

Si este plan es factible o no, no lo discutiremos, pero esto es verdad: que ha sido madurado bajo la profunda convicción de una necesidad de mejora en lo concerniente a las reuniones administrativas. («Exp. Bautista.» Agosto 1948.

E. Swenson). Quizá ayudaría a mejorar en algo nuestras reuniones administrativas si tuviésemos presente lo siguiente:

I. *Esta reunión debiera ser un culto, como lo es otra reunión de la Iglesia.* Algunos suponen que Dios está presente en todas las reuniones, excepto en las administrativas. Nada es menos cierto que eso. Puede ser que algunos no quisieran que Él asista a ellas, porque llevan el ánimo de hablar o de discutir, o cuando no de vocear en términos que de ninguna manera quisieran que el Señor se enterase. Podemos pedir, al comienzo de una sesión administrativa, que los que no sean miembros de la iglesia se retiren, y eso es lo que debe hacerse, pero no podemos esperar que Dios también se retire. Él queda y desde un sitio en que pue de oír todo lo que se dice, ver todas las facciones de los rostros y sondear los pensamientos de todos los presentes, recordarnos su exhortación y consejo: «Ninguna palabra torpe salga de vuestra boca.» Hay quienes se están «preparando» una semana antes de la reunión, para tomar parte «activa», lo cual significa que dirán algo que avergozará a los del «otro lado», no importándoles si lo que dirán será ofensivo o nó. Llega el momento de la reunión y existe un ambiente en el que respira rencilla. Entonces empiezan a enrojecerse algunos rostros, hay ojos que parecen salirse de sus órbitas, brazos que se levantan amenazantes, gesticulaciones groseras, palabras duras dirigidas directamente a unos y a otros y por fin un tumulto, en donde se entremezclan los ayes y suspiros de algunas humildes hermanas, con las amenazas de renuncias (cuando no de algo peor) de parte de uno y otro bando en pugna. Se saben casos de reuniones administrativas de

iglesia, en las que se llegó a levantar sillas en actitud amenazante. ¡Y pensar que al comienzo de la reunión algún ingenuo hermano, había orado: «Señor te damos gracias porque podemos ocuparnos de las cosas de tu Reino»!

En otra reunión de una iglesia, se guarda una profunda reverencia y una postura adecuada. ¿Cúal es la razón para no estar en idéntica actitud en las reuniones administrativas? Algunas iglesias no desean tener estas reuniones después de alguna otra reunión o culto de carácter espiritual. La razón es, porque se dice que no es bueno que después de reuniones espirituales se pase a discutir asuntos internos de la iglesia. ¿No puede ser la reunión administrativa continuación del culto anterior? ¿No son ambos igualmente cultos? Dios es el mismo. El Espíritu Santo es el mismo. Nosotros debiéramos ser los mismos también. Si se han de considerar asuntos de importancia para la obra del Señor, ¿por qué debemos cambiar de espíritu entre un culto cualquiera y la reunión administrativa? Cuando el apóstol Pablo aconseja «hacer todo decentemente y con orden», quería decir exactamente eso. ¡Gracias a Dios que este versículo no admite alegorías! «Orden»: es la disposición concertada y armoniosa de las cosas. No sólo saber qué es lo que debe ser considerado primeramente o en segundo lugar, sino también orden en la forma de tratarlo. Aquél que dirije una reunión administrativa debe estar al tanto de las más importantes leyes parlamentarias para saber cómo guiar el debate, de lo contrario se encontrará perdido y nada justificará su presencia como presidente de la asamblea. Está al frente para dirigirla y para hacerlo como dice la Escritura: «con orden», debe co-

nocer qué es una propuesta, qué es secundar esa propuesta; cuándo comienza la discusión de una propuesta y cuándo debe terminar; debe saber también qué es votar, y cómo votar; cuándo votar secretamente y cuándo no es necesario esa rigurosidad.

Quizá nos haría bien recordar a todos, dirigentes y dirigidos, que nada puede ser discutido sino está propuesto y secundado—o lo que es lo mismo—sino hay una moción y apoyo a la misma. Esta es una ley elemental, porque ¿qué razón existe para discutir un asunto que ninguno ha apoyado? Lo cual significa que nadie está interesado en él. Cualquiera es libre para presentar una propuesta, pero la asamblea es libre también para secundarla o no. Si una propuesta ha sido secundada, entonces se da lugar a la discusión. Algunos lo harán por el pro del asunto y otros por el contra. Cuando ya se ha discutido lo suficiente y nada nuevo queda por agregar a lo dicho, se pasa a la votación. Si el asunto incluye a personas de la asamblea o es muy importante lo que ha de decidirse, debe procederse a la votación secreta o por escrito.

Si sobre un mismo asunto hay varias propuestas secundadas, se votarán las propuestas por orden de presentación. Se entiende que si hay una mayoría evidente por la primera, las demás quedan descartadas y no es necesario continuar con la votación. Es decir, que la aprobación de una propuesta, elimina de hecho la probabilidad de las otras. Una vez votado y decidido un asunto, se pasa a otro, no debiéndose permitir más discusión por el asunto ya resuelto.

Debieran votarse secretamente todos los cargos más importantes de la iglesia, el nombramiento de delegados a

Convenciones, a Conferencias o a Congresos y también cuando se trate de casos de disciplina de algún miembro de la iglesia. Es necesario recordar también que no es prudente, que un asunto de suma importancia se trate en forma apresurada. En esos casos es conveniente el nombramiento de una comisión especial que estudie el asunto con detenimiento y que presente un informe en la próxima reunión de iglesia. Por ejemplo, un asunto que tenga que ver con dinero, como ser, presupuesto, estudio de las posibilidades de mejoramiento financiero de la iglesia, etc., debiera encargarse a una comisión especial, que pudiera ser la «Comisión de Finanzas». Lo relacionado con nuevos miembros, examen a los que deseen bautizarse, disciplina, etc., debiera estar bajo el estudio de una comisión que pudiera ser la «Comisión Sobreveedora de Miembros». Lo relacionado con mejoras en el edificio de la iglesia, ampliación o adquisición de propiedades, debiera estar bajo el estudio de una comisión «Pro-Templo». Como con éstos, se puede utilizar el mismo criterio, con cualquier otro asunto que resulte precipitado resolver en una sola reunión administrativa. En todos los casos estas comisiones responderán a la iglesia de la labor realizada, ya que es la iglesia que las elige. Las comisiones tienen dos grandes ventajas. Primeramente, que permite el estudio de un asunto en forma más concienzuda y con la participación de varias mentes que aportarán su caudal de ideas y sugerencias. En segundo lugar, que permite tomar parte a más hermanos en los asuntos internos de la iglesia. Todos sabemos que hay hermanos que en la asamblea de la iglesia, no tienen ánimo para intervenir en las discusiones;

pero cuando se les incluye en alguna comisión especial, son de mucho provecho y utilidad.

Es conveniente también para guardar el orden que las Sagradas Escrituras nos piden en las reuniones administrativas, que sepamos que ninguno tiene el derecho de hacer uso de la palabra si el presidente no se lo ha otorgado. Si hay varios que han pedido la palabra, se guardará un riguroso turno, esto es, se irá concediendo en el orden en que el presidente escuchó el pedido de ella. Es una muy elemental regla parlamentaria, que mientras alguien está en uso de la palabra, nadie puede interrumpirle. Si se hubiese guardado mejor esta regla, ¿no es verdad que hubiésemos tenido mejor espíritu en las reuniones administrativas? Es por allí donde todo tumulto tiene principio. Debe evitarse el careo.

El principio, como así también el final de cada reunión de negocios, debiera tener una parte devocional, de oración y lectura de las Escrituras. Es extraño que algunas reuniones administrativas no la tenga. Aparte de preparar el espíritu para esperar bendiciones de la reunión de parte de Dios, y darle así el carácter de culto, hace las veces también de un buen sedante, pues, al final especialmente, apacigua los ánimos un tanto exaltados. Debiera evitarse que al final de una reunión de iglesia, queden resabios de rencor o celos ocultos. ¡Qué alentadoras son aquellas reuniones de negocios, en las que al final se puede entonar sin temor alguno, aquel hermoso himno: «Sagrado es el amor que nos ha unido aquí».

Para una reunión de iglesia, regular podría sugerirse este orden:

I. PARTE DEVOCIONAL.

1. Lectura de las escrituras. (1.° Cor, cap. 13.)
2. Oración.

II. PARTE DELIBERATIVA.

1. Lectura de actas y aprobación.
2. Informe de tesorería de la iglesia y aprobación.
3. Informe de tesorerías de los departamentos y aprobación.
4. Informe de Comisiones Especiales. (Si las hubiera).
5. Asuntos varios del «orden del día».
6. Asuntos eventuales o los que se presenten sin previo conocimiento.

III. PARTE DE CLAUSURA.

1. Palabras de estímulo al trabajo a los hermanos.
2. Palabras de agradecimiento al Señor, por lo realizado.

Como una segunda sugerencia hacia mejores reuniones administrativas, podríamos considerar lo siguiente:

II. *Se debe anteponer a los intereses personales, los sagrados intereses del Reino de Dios y de la Iglesia.* ¡Qué difícil resulta ésto! Pero es ese el espíritu cristiano. Todos tenemos ideas para presentar que creemos sean las mejores. También tenemos convicciones, las que debemos defender. Eso es lo justo y sin embargo no hemos todavía experimentado la satisfacción de «la otra milla». Demostraremos el verdadero espíritu cristiano, cuando aceptamos el hecho de

que nuestro hermano ha presentado un plan mejor, o una idea más conveniente que la nuestra, y reconociéndolo así, le apoyamos y cooperamos con su plan. Gracias a Dios que hay cristianos que así piensan y que son lo suficientemente nobles, como para entender que ellos piensan y opinan bien, pero que hay otros que pueden pensar y opinar mejor. En este sentido todos debemos aprender algo más. Se oye de quienes llegan a la acción deshonrosa e innoble, de hacer partidismo dentro de la iglesia, para conseguir más votos, a fin de sacar adelante su propio asunto o proyecto. Esto repugna a una iglesia de Cristo y el Señor no puede dejar sin castigo tal infame acción. ¡Pobre la iglesia que cae en manos de estos politiqueros evangélicos! Sé que es muy difícil saber perder una causa, pero hay nobleza y espíritu de Cristo cuando sabemos reconocer que no se trata de ganar o perder en una reunión de negocios, sino que se trata de algo más importante que nuestros meros caprichos. Cada componente de una reunión semejante, debe olvidarse por el tiempo que dure la misma, de que tiene amigos personales, o parientes, cercanos o lejanos, o hijos o esposa, o esposo o padre, o madre o hermano o tío en la reunión. Allí somos todos hijos de Dios y discípulos de Cristo. Por razones de ética, no es conveniente que alguien presente una propuesta a favor de su esposo, o de su hermano, o de su hijo. Deje que otro lo haga, y si nadie lo hace, no seamos nosotros quienes demos esa nota de tan poca cultura parlamentaria, que hará descender el concepto que de nosotros se tiene. Si acaso un cargo o una misión privilegiada ha recaído sobre alguien que no es de nuestro agrado, lejos de salir de la reunión criticando la

decision tomada por la mayoría, debiéramos decirle al terminar la reunión: «Hermano, yo no voté por Ud. pero si la mayoría de la iglesia lo ha hecho, y Ud. obtuvo el voto, deseo que Dios le bendiga en su cargo o en su misión.» Ese es el verdadero espíritu de Cristo. Un gran siervo de Dios ha orado así: «Oh, Cristo, ahora entiendo. El significado de la vida es claro. Te voy a seguir a la Cruz en que debo morir; morir a mi voluntad insignificante, para vivir a Tu voluntad; morir a mi «yo» egoista, para vivir a Tu «yo» libre y fuerte.»

No solamente se nos pide orden en las reuniones administrativas, sino también decencia. Decencia en los métodos. Decencia en los motivos. Decencia en los propósitos. «Hágase todo decentemente . . . » La decencia tiene que ver con la parte moral de la reunión. Hablar desordenadamente es una cosa, pero hablar indecentemente, es pecado. Puede que no haya orden a veces en la reunión y esto no resulta tan deplorable; pero si falta la decencia, entonces es calamitoso. Denota falta de decencia quien trata por cualquier medio, lícito o ilícito, de salirse con la suya en las reuniones de negocios. Esta es una tendencia muy marcada. Debiéramos fijarnos más en Jesús, quien «siendo rico se hizo pobre, para que por su pobreza fuésemos nosotros enriquecidos.» «Quién siendo en forma de Dios, no tuvo como algo que debía retener por derecho (V. Mod.) ser igual a Dios, sinó que se humilló a sí mismo, tomando forma de siervo . . . » «Quién cuando le maldecían no retornaba maldición; cuando padecía no amenazaba, sino que remitía la causa al que juzga justamente.»

A la luz de pasajes bíblicos, ¿a qué altura quedan nuestros derechos, que a veces defendemos con tanta pasión en las reuniones administrativas, no admitiendo la posibilidad de que otro piense mejor que nosotros?

Subordinemos pues nuestros particulares y egoístas intereses a los intereses sublimes de la iglesia y del Reino de Dios.

III. *Trátese de que cada reunión administrativa sea un nuevo peldaño en la escala ascendente del desarrollo de la Iglesia.* Esto significa que se han obtenido resultados prácticos en cada reunión. La iglesia no está llamada a discutir eternamente sus problemas, sino a resolverlos. ¡Cuánto tiempo se pierde en nuestras reuniones administrativas! Hay quienes ven en cada pequeño asunto, un gran motivo de estudio. Si por ejemplo se necesita hacer una reparación en el edificio de la iglesia, y ya la comisión ha presentado un proyecto y un plan premeditado, lo que resta por hacer es aceptarlo y comenzar de inmediato las obras. No debemos proponer otros tres meses de estudio, si ya el caso está estudiado lo suficiente. Eso es perder tiempo, y el «tiempo es oro». Lo mismo sucede con asuntos de menos importancia. Cada reunión debe llenar una necesidad y llegar a un fin práctico. Para ello la iglesia debe obrar con fe. Cada paso que se tome, sazónese con una buena dosis de fe para cumplirlo.

La iglesia no se rige por cálculos matemáticos, ni es una obra de ingeniería moderna en la cual todo, hasta el más diminuto accesorio está rigurosamente cualculado. La iglesia es una obra maestra, sí; pero basada sobre la roca inconmovible de la fe en el Crucificado y Resucitado Salvador.

La iglesia antigua era más triunfante que la actual, porque afrontaba las consecuencias de su fe. La razón y la lógica acompañan solo hasta un cierto trecho, desde el cual la fe debe avanzar y conquistar terreno. No temamos de llegar a fines prácticos en nuestras deliberaciones. Si las decisiones tienden a glorificar a Dios y a su iglesia, cumplámoslas y esforcémonos, para que cada reunión administrativa signifique un paso hacia el afianzamiento del Reino de Dios sobre la tierra. Cada miembro debe contribuir al buen éxito de esas reuniones. Una mente inspirada por el Espíritu Santo puede mucho, pero varias mentes sometidas e inspiradas del soplo Divino, puede conmover al mundo con ideas, planes y obras. Quizá el defecto de nuestras reuniones administrativas sea que hablamos nosotros demasiado y dejamos que el Espíritu hable muy poco a nuestras mentes y corazones. Creo que Dios puso las reuniones administrativas a disposición de la iglesia, para que se haga uso digno y eficaz de ellas. He asistido a tales reuniones, en que sentía que Dios estaba más real que nunca, dirigiéndola e inspirándola. No hay asunto difícil, que no pueda ser tratado en el verdadero espíritu Cristiano y bajo el control del Espíritu Santo. No temamos de invitar a Dios a nuestras reuniones administrativas; ¿no podemos hacer que esas reuniones sean una bendición para la iglesia? Cooperemos todos para que así sea. Hagamos todo lo que está a nuestro alcance para que sean un verdadero y ordenado culto a Dios. Antepongamos nuestros intereses a los grandes fines de la iglesia que amamos. Hagamos que cada reunión administrativa sea un jalón más en la marcha ascendente de nuestras iglesias. De allí saldrán las grandes ideas que beneficiarán al mundo, porque como alguien lo ha expresado: «La iglesia tiene muchos críticos, pero ningún rival en la tarea de redimir a la humanidad.»

DENOMINACIONES

"Entonces respondiendo Juan dijo: Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre, y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros. Y Jesús le dijo: No se lo prohibáis, porque el que no es contra nosotros, por nosotros es." (Lucas 9:49 - 50).

El tema de las denominaciones dentro de la iglesia Evangélica está todavía sobre el tapete. Tres son los motivos por los que cada cristiano debe enfrentarse con él y tratar de resolverlo con sinceridad. 1. ¿Qué tiene que decir el Cristiano Evangélico frente a la campaña en contra, de quienes creen y enseñan que somos herejes porque estamos divididos? 2. ¿Qué tiene que decir el Cristiano Evangélico a aquellos que siendo Evangélicos, desmerecen nuestra labor e influencia con sus desaprobaciones a las denominaciones? 3. ¿Qué actitud tomar frente al hecho de las tentativas por unificar todas las iglesias, a fin de presentar un frente común Evangélico?

No creemos que la creación o aparición de nuevas denominaciones sea la solución del problema, pero tampoco creemos que el Cristiano Evangélico deba vivir en contínua zo-

zobra espiritual por el solo hecho de pertenecer a un sector Evangélico, como si las denominaciones constituyesen el obstáculo mayor del cristianismo. Nadie ignora la existencia de denominaciones de efectos negativos, o plenas de estramboticismo, o cuando no en abierta oposición a los más caros principios del cristianismo Evangélico. Creo que hay sobrados motivos como para inferir ciertas verdades básicas de las enseñanzas de Cristo tocante a la naturaleza y carácter de su iglesia. Si así no fuese seríamos víctimas del monopolio de unos pocos con relación a la verdad. ¿Qué son las denominaciones sino la interpretación variada de las verdades acerca de la iglesia o del Reino de Dios? Cuando por primera vez apareció en Alemania y Europa Occidental, la Biblia impresa, comenzaron los hombres a leerla con avidez. Dice el historiador y escritor H. G. Wells: «Como era natural se produjeron grotescas interpretaciones; mas lo sorprendente no es eso, sino que éstas no fuesen más extraviadas y grotescas.»

Se arguye que las denominaciones crean confusión entre los no cristianos y que es este un gran obstáculo para el progreso del cristianismo. Confesamos que hay verdad en ello; pero creemos también que esa no es la única razón por la que los incrédulos no se convierten al cristianismo. La fuerza del cristianismo Evangélico no reside en la presentación de un frente único y unido, sino en sus principios morales y espirituales, que están por encima de toda organización. Quien no crea en las bondades del Cristianismo de Cristo por su contenido redentor y ético, mal podrá convencerse por el hecho de la unidad de todas las fuerzas dispersas de los Evangélicos. El encanto de la Cruz, es más atractivo

que el encanto del frente único. ¿Que los enemigos del Evangelio atacan nuestra fe porque nos ven desunidos? Es verdad, pero nadie cree ya que la verdad sea necesariamente sinónimo de unificación. El ataque a nuestra fe no es reciente. Es tan antiguo como la verdad misma. Cristo fué atacado. San Pablo también. Si las sectas protestantes nacieron con Lutero, sabemos que él fué atacado antes de formar denominación. El ataque no va dirigido contra la denominación, sino más bien contra las verdades que cada denominación encierra.

El problema de las denominaciones Evangélicas está muy lejos de quedar resuelto. Dudamos que tenga solución, si por solución se quiere decir unificación de todos los sectores Evangélicos en un solo frente. Pero si por solución se comprende el logro de una más completa cooperación entre sí, entonces es posible ver días mejores para el cristianismo Evangélico. Si estas líneas ayudasen a ese fin, cumplen con su propósito.

Al considerar este tema tendremos en cuenta tres puntos importantes:

I. LA LIBERTAD: ESENCIA DEL CRISTIANISMO EVANGÉLICO.
II. LAS DENOMINACIONES: CALAMIDAD O PLAN DE DIOS.
III. FALSA UNIDAD O APARENTE DESUNIÓN.

Si llevamos el problema de las denominaciones hasta sus causas primeras, debemos relacionarlo con el asunto de la libertad cristiana y el libre examen. No tenemos que dis-

culparnos ante nadie por esta creencia. Es producto de la esencia misma del cristianismo basada en la libertad del indivíduo por aceptarlo o no. El Señor Jesucristo respetó e hizo respetar este derecho humano. En la cita bíblica del epígrafe, nos encontramos frente al hecho de uno que obraba milagros y aun cuando lo hiciera en pro de la causa de Cristo, no seguía a Jesús juntamente con el grupito de sus discípulos. El apóstol Juan se molesta por ello, y pide a Jesús permiso para decirle al tal que abandone su trabajo en forma particular y se una al grupo de los seguidores constantes de Cristo. La respuesta del Maestro asombró seguramente a Juan, el Apóstol, y nos asombraría a nosotros también: «No se lo prohibáis. El que no es contra nosotros, por nosotros es.» Esta es la mejor oportunidad que tuvo Jesús para oponerse a quienes no se unían a Él.

Sin embargo deja intacto el sentido de la libertad. ¡Antes de existir la iglesia, ya había grupos diversos! Haciendo un poco de historia nos encontramos con las iglesias del Nuevo Testamento. ¿Quién ignora que antes de la mitad del primer siglo ya existían grupos con distinto modo de interpretar el cristianismo? En la iglesia de Corinto por ejemplo tenemos la existencia de cuatro «denominaciones»: Los de Pablo, los de Pedro, los de Apolos y los de Cristo. San Pablo les llama «carnales» y con razón, pues esa tendencia hacia la disgregación nace de un sentimiento tan carnal, como humano. Antes de finalizar el primer siglo, vemos también la aparición de sectas marcadamente divisionistas y distintivas, tales como: Los Judaizantes, los gnósticos, los docetas, los ebionitas y otros. Y todavía no existía la división

entre «protestantes» y católicos, que creo que son las dos mayores sectas del Cristianismo. Pero pasando por un período extenso de historia eclesiástica llegamos a los albores del siglo XVI. Se dice que ese siglo marca el nacimiento del protestantismo, pero como un autor ha dicho, «había protestantismo antes de la Reforma». ¡Cuántas definiciones se han dado de este movimiento convulsionador! Entre otras podríamos decir que fué la lucha por volver a la libertad de pensar e interpretar las Sagradas Escrituras, y en nombre de esta libertad, Martín Lutero peleó y venció. Es cierto que le favorecieron circunstancias especiales, pero no se puede dejar de reconocer que principios de tanta importancia como contribución a la cultura de la época, hubiesen tenido adeptos en cualquier parte del mundo en donde le fuese posible accionar. Si los protestantes somos «hijos de la Reforma», ¿cómo nos extrañamos tanto de que existan denominaciones?

Llevamos en nuestra sangre protestante el germen de la división, porque fuimos reengendrados en el siglo XVI.

Es extraño para muchos que existan tantas denominaciones, pero es más extraño aun que en uso de la libertad no hayan más de las que hay. Téngase presente que ningún pacto secreto de vida o muerte liga a ningún miembro de las iglesias protestantes, ni tampoco se sienten retenidos a ellas por el temor a la excomunión. Si varios millones de Bautistas, de Metodistas, de Presbiterianos y de Luteranos, se encuentran unidos voluntariamente a su denominación, sin compromisos ni temores, caso que quisiesen separarse, ¿no es esto un milagro digno de ser considerado? Las iglesias Evangélicas no reconocen el derecho de excomunión tal cual

esta palabra se usa comunmente, ¿quién podrá impedir que una persona piense distinto de nosotros? Fué en uso de esa libertad que Martín Lutero separó gran parte de la verdad del error, dando al mundo un ejemplo más de la veracidad del pensamiento del poeta Ingles Milton: «¿Quién supo jamás que la Verdad haya llevado la peor parte en un encuentro libre y abierto?» En uso de esa libertad Juan Wesley, en Inglaterra dió un rumbo vivificante al Evangelio en aquel país. Lo mismo podría decirse de otros movimientos que han dado génesis a las denominaciones. En algunos casos estos movimientos fueron negativos para el Cristianismo, pero de ello no tienen culpa aquellos avivamientos constructivos, con los que la iglesia ha resultado favorecida y a la vez ha favorecido al mundo. «La iglesia es una sociedad creadora, que dió a luz el arte, la educación, la Reforma, los movimientos misioneros, la democracia. El estado de Rhode Island dió al mundo la democracia, y el pensamiento cristiano dió la democracia a Rhode Island,» ha dicho el Dr. Stanley Jones en su libro «Vida Abundante», pág. 315. ¿Cómo ha sido posible todo esto? No seguramente, por medio de una sola iglesia o denominación, sino por el aporte de cada indivíduo compenetrado del sentido de la libertad cristiana, por encima de su propio credo. El ya citado escritor contemporáneo H. G. Wells ha dicho: «Las herejías son la búsqueda insatisfecha de la verdad, por parte del hombre.» ¿Podemos negar a cada cual el derecho de buscar la verdad?

II. ¿SON LAS DENOMINACIONES UNA CALAMIDAD O DEBEMOS VERLAS COMO PARTE DEL PLAN DE DIOS?

Muchos cristianos muy sinceros han lanzado suspiros

de pesar, al enterarse que entre sus hermanos Evangélicos existen diferentes modos de ver la verdad.

Esperaban tal vez una Iglesia Evangélica Católica, de la misma manera que estamos acostumbrados a oír de una Iglesia Católica Romana. Las iglesias primitivas eran iglesias locales: la iglesia de Jerusalén, la de Antioquía, la de Corinto, la de Roma y otras muchas. No estaban unidas entre por reglamentos de organización o por un sistema de sínodo o por jerarquías. Eran simples asambleas, ligadas a las demás por lazos puramente espirituales; y cuando se pensó en ligar a las iglesias por otros lazos, fué cuando comenzó su corrupción y la desviación de su verdadera misión. Sería muy conveniente que cada cristiano Evangélico estudiase la historia eclesiástica y el desarrollo de las denominaciones. Se asombrará de ver, que lejos de ser una calamidad, su presencia ha contribuído en mucho al conocimiento del Evangelio, a la liberación de las verdades cristianas de moldes estereotipados o anticuados, a la propagación del Cristianismo en lugares remotos, donde aun no había llegado el furor del comercio civilizado o la pasión por el oro. En su libro, «Las Religiones Vivas» el Dr. R. E. Hume, dice que «es un punto débil del cristianismo, la tendencia de ciertos grupos a dividirse por razones de creencia, de culto y de organización, en vez de cumplir el ideal de su Fundador, un ideal de amor y de unidad.» Creemos que haya razón en tal afirmación. Lo dificil es conciliar esta idea con la idea de las misiones y su aporte la propagación del Evangelio. El mismo autor, en la misma página (266), del mismo libro, afirma que «uno de los puntos fuertes del Cristianismo es el de misiones.» No co-

meteríamos una contradicción si dijéremos que en gran parte las misiones son producto de las denominaciones. De modo que si las misiones constituyen un punto fuerte del cristianismo a la luz de su trabajo realizado, no resulta que las denominaciones o grupos Evangélicos sean un punto tan débil en el cristianismo.

Cuando nos enteramos del hecho que los continentes paganos han sido ganados para el cristianismo, o se están ganando poco a poco por medio del envío de misioneros de todo grupo y tendencia denominacional, no creemos que las denominaciones sean una calamidad. Al contrario, creemos que cada sector del Cristianismo ha contribuído y está contribuyendo con algo a la extensión del Reino de Dios. «Los santos están distribuídos equitativamente en todas las denominaciones», ha dicho el Dr. Stanley Jones. Esto significa que Dios utiliza a todos los que crea necesarios para sus fines, respetando las denominaciones y a la vez pasando por alto sus prejuicios. Así un Lutero era Católico en Alemania, como lo había sido Wicliff en Escocia. De la misma manera que Dios utilizó a un Juan Wesley para crear el movimiento que luego se llamó Metodismo, o a un Rogerio Williams en América dando impulso al movimiento Bautista. ¿Qué diremos de hombres como Moody, Mc. Laren, Spurgeon, Jorge Muller, Finney, Carey, Chalmers, Paton, Hudson, Livinstone y una pléyade de otros que pertenecientes a su propia rama denominacional, realizaron obra, cuyo alcance sobrepasa el estrecho molde de su credo Evangélico, para quedar plasmada en la historia con caracteres sobresalientes? Para estos adalides del Evangelio, su denominación no les

fué un estorbo, más bien fué su aliciente y su estímulo moral y espiritual.

Quizá no nos equivoquemos si creemos que las denominaciones forman parte del Plan Dios para con su pueblo y para el extendimiento del Evangelio sobre la tierra.

La iglesia no es un fin en sí misma, sino un medio para los grandes fines de Dios. Más importante es por lo tanto la implantación de este Reino, y la redención de la Humanidad, que el hecho de ocuparse de la resolución del problema de los sectores denominacionales.

III. «Vosotros estáis desunidos, en cambio nosotros tenemos unión en todo sentido», nos reprochan los cristianos no Evangélicos. Sería conveniente indagar cuanto hay de verdad y cuanto de error en esta tan sonada afirmación, que ha hecho enmudecer a algunos cristianos Evangélicos enamorados con verdadera pasión de la unión donominacional. Diremos que es más aparente que real la unidad de los que alardean tal virtud, y es más aparente que real también la desunión de aquellos a quienes se nos reprocha tal defecto. Todos sabemos que puede haber unión de organización, de reglamento, e incluso la obediencia a una sola cabeza directriz y con todo no existir unidad. Los diferentes sectores protestantes están más unidos de lo que muchos se imaginan. Si el fundamento de la unidad es la obediencia a una cabeza visible, universal y terrena, ciertamente los evangélicos estamos desunidos; pero si por el contrario el fundamento de esta unidad es espiritual, invisible y celestial, entonces no estamos tan desunidos. El Señor Jesucristo dió algunas normas básicas de la unidad y las resume a todas en aquellas palabras del Evan-

gelio de San Juan, Cap. 17. «Para que todos sean una cosa, como Tú oh, Padre en mí, y yo en Tí.» Esta era una unidad de esencia, de propósitos y de ideales, más que una unidad de leyes rígidas, de artículos interminables y de incisos aclaratorios. ¡Es la unidad del amor!

Existen muchos puntos de la teología y la práctica cristiana en los cuales se manifiesta una unidad alentadora entre los diferentes grupos evangélicos. He aquí algunos de los muchos puntos en que generalmente todos los grupos evangélicos estamos en perfecto acuerdo: la creencia y el concepto de Dios, su paternidad, su carácter de legislador, su personalidad, su sentido de la justicia, de la santidad, de su perfección, su carácter de sustentador de la humanidad, su misericordia, de su carácter de perdonador y juez de vivos y muertos, etc.

En cuanto a Cristo casi todos los grupos evangélicos creen en su divinidad y su perfecta humanidad, en la pureza de su vida, en el carácter expiatorio de su muerte en la Cruz, en su perfección moral, en su resurreccion, en su ascensión, en su intercesión, en que es el ideal de vida para cada uno de sus seguidores, en que es el único camino, la única verdad y la fuente de la vida. Todos los evangélicos creemos en la inspiración de las Sagradas Escrituras y su autoridad sobre reglas de fe y práctica; todos creemos por igual en el Espíritu Santo, como perteneciente a la segunda Persona de la Trinidad y es el que puede llenar nuestras vidas del poder para vivir victoriosamente y hacer la voluntad de Dios. Todos los evangélicos creemos por igual en el Cielo, como morada de los justos y en castigo del infierno con sus sufrimientos. Tam-

bién los evangélicos creemos por igual que existe una iglesia Universal, o sea el conjunto de todos los redimidos de todos los tiempos que forman la «Iglesia de Cristo», la cual está todavía en formación y se completará cuando a Dios le plazca. Todos creemos en el triunfo final de Jesús y en su Reino de justicia y amor establecido para siempre. Como vemos, tenemos mucho en común los evangélicos. Todo esto y mucho más nos une, y lo poco que nos separa, tiene que ver en la mayoría de los casos, más con la forma que con el fondo.

Los evangélicos no proclamamos la unidad a los cuatro vientos, pero generalmente sentimos una corriente de amor y de simpatía cuando nos encontramos con evangélicos que no pertenecen a nuestra denominación, e incluso no nos sentimos cohibidos en llamarles «Hermanos», es decir, hijos de un mismo Padre Celestial, creyentes en un mismo Señor y Salvador y poseedores de una misma esperanza. Es tiempo de que estrechemos aun más nuestros lazos de unión fraternal. Se oye de extremos inauditos en las relaciones interdenominacionales.

Se discute lo «cerrado» y lo «abierto» de la iglesia tal o cual. Se sabe de odios ocultos (que a veces no se pueden ocultar como se quisiera) entre los pertenecientes a uno y otro sector. Mucho se ha hecho para ayudar a solucionar este conflicto, pero queda mucho por hacer todavía. Depende de la cooperación de todos.

Sugerimos dos caminos para llegar a un mejor entendimiento y cooperación en amor entre los grupos evangélicos. El primero es el camino del respeto y de la consideración mútua. ¿Qué se quiere decir con esto? Que no debemos creer

que nuestra denominación o mi denominación es dueña absoluta de la verdad. Si yo como bautista creo que estoy en una denominación por alguna razón, debo pensar que mi hermano de la denominación de enfrente, pertenece a ella con tanto derecho y razón, como yo a la mía. De modo que al entrar yo en una iglesia que no es la mía o la de mi sector evangélico, debo acatar la forma de culto o disciplina de esa iglesia. Nadie nos ha obligado a asistir a esa iglesia que no es la nuestra, y si lo hacemos, ¿tendremos derecho de quejarnos de su forma de culto o de que no se nos haya invitado a tomar parte en él? Hay algunos buenos y sinceros cristianos que se molestan cuando en algunas iglesias llamadas «cerradas» no se les ofrece participar de la Santa Cena.

¿Qué pensaríamos si por ejemplo, asistimos a un culto seguido del cual, tuviese lugar una reunión de Oficiales o de la Junta Oficial de una iglesia que no es la nuestra, y no se nos invita a participar de ella? Seguramente no nos enfadaríamos, porque comprenderíamos que es algo que pertenece a su orden interno o a su disciplina. Creo que lo mismo deberíamos pensar con relación a la reunión de la iglesia que se llama Santa Cena. La mayor o menor «abertura» de la comunión de una iglesia, es parte de sus normas internas y de su disciplina, que por no ser las de nuestra iglesia, deberíamos tener más respeto y consideración.

El segundo camino que nos dirigiría hacia una mayor colaboración y entendimiento interdenominacional, es el camino de la buena voluntad. No seamos nosotros mismos los peores propagandistas de nuestra desunión. Es natural oir de quienes no son evangélicos, sus críticas sobre el asun-

to; pero lo que no tiene razón de ser es escucharla de quienes lo somos, una vez que conocemos cuales son las causas de nuestra aparente desunión y cual es la esencia de nuestro Cristianismo Evangélico.

Hermano, cuando te sientas tentado a creer que las denominaciones son una calamidad, piensa primero que la iglesia a que perteneces tiene una gran misión qne cumplir dentro de los planes del Rey del Reino, y la iglesia a que pertenece tu hermano, aun cuando no sea la tuya, tiene también su gran misión que cumplir dentro de las posibilidades y oportunidades que el Señor le ponga por delante. Propongámonos amar más a los hermanos que no son de nuestra denominación. Este es el «camino más excelente». Nadie se haga ilusiones de que su grupo posee la llave de la absoluta verdad. Cada denominación tiene parte de la Verdad, que es Cristo. Damos gracias a Dios que en el Cielo no habrá denominaciones. Ya es bastante que las hayamos tenido aquí. Habrá allí, cristianos de tu denominación, de la mía y de la de las otras, en la proporción que sólo Dios lo sabe. La entrada al Cielo no está garantizada por pertenecer a una denominación determinada. Dios es interdenominacional y Cristo pertenece a todas por igual. Tú y yo tenemos mucho que hacer en el lugar donde nos encontramos. «Brilla en el sitio donde estés», dice un hermoso himno Evangélico. De este modo no habrá necesidad de llegar a extremos desagradables. Sea nuestra actitud, la del gran Evangelista Carlos H. Spurgeon: «No doy nada por quien no pertenezca a una denominación, pero he aprendido a amar más a Cristo que a mi propia denominación.»

EL PASTOR Y LOS MIEMBROS

Efesios, capítulo 4 : 7 - 13.

El Nuevo Testamento introduce al mundo una nueva sociedad entre cierto grupo especiál de indivíduos. En efecto, denomina «iglesia» al conjunto de creyentes en Cristo Jesús, organizados con el propósito de extender el Reino de Dios sobre la tierra. Es la sociedad de hijos de Dios que han aceptado la responsabilidad de vivir solo para los fines del Reino. La iglesia del Nuevo Testamento no es ni la «asamblea» griega, ni la «sinagoga» judaica. Es lo que Jesús llamó: «vino nuevo en odres nuevos», o sea una familia de renacidos del Espíritu, hermanos todos entre sí, teniendo por Padre a Dios y por Guía al Señor Jesucristo.

Esta familia no quedó abandonada a su propia suerte, sino que la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, son las constantes normas por las que rige su desarrollo y su funcionamiento. Sin embargo no toda la guía de la iglesia de Cristo es de orden metafísico. De entre los creyentes en Cristo que forman su iglesia, Dios ha seleccionado algunos a quienes da el nombre de «pastores», para que sean los guías-mayordomos de la familia bajo la completa dependencia de Dios, y de su Espíritu Santo. Esto, lógicamente,

crea una nueva relación dentro de la familia cristiana. Del buen entendimiento entre el pastor y su grey dependerá en mucho, el mayor o menor éxito de la iglesia respecto al cumplimiento de su misión sobre la tierra. ¿Cúales serían las bases para una mejor relación entre el pastor de una iglesia y los miembros de ella? Para contestar satisfactoriamente esta pregunta lo mejor sería situarse dentro de los ideales y de las necesidades de cada lado. Obvia decir que si el pastor tiene ideales en cuanto a su congregación, también los tiene la congregación en cuanto a su pastor. Por otro lado, si la congregación tiene necesidades, el pastor tiene las suyas propias. Así llegamos a dividir en dos nuestra pregunta.

I. ¿QUÉ QUISIERA EL PASTOR DE LOS MIEMBROS DE SU IGLESIA?

II. ¿QUÉ QUISIERAN LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA DE SU PASTOR?

El que escribe estas líneas no posee una larga experiencia de pastorado como para tener una amplia visión del asunto. Solo tiene la ventaja de haber sido un simple miembro de iglesia con ideales acerca de su pastor, y también ser en la actualidad un simple pastor con ideales para con su congregación. Por algún tiempo observaba a mis pastores desde el banco de mi iglesia, como lo hacen los miembros de cualquier iglesia; ahora presiento que seré yo el observado durante toda la vida, por ojos que esconden almas que esperan algo de mí, de mis palabras, de mi vida, de mis actos y pensamientos. Meditando sobre esto es que se puede comprender cuan delicada es la misión de aquéllos a quienes Dios consagra para su servicio y a la vez cuan responsables son aquéllos a quienes Dios quiere enseñar, corregir, edificar, evangelizar e inspirar, por mediación de sus pastores y servidores.

I. ¿QUÉ QUISIERA EL PASTOR DE LOS MIEMBROS DE SU IGLESIA?

Todo pastor está seguro de que Dios entiende el carácter de su misión y su vocación. No siempre siente lo mismo de su congregación. Todo obrero, empleado, técnico o profesional, tiene sus ideales que constituyen su «romance» y hacia la obtención de lo cual dirige todas sus fuerzas y afronta todos los desvelos. El pastor es también artesano; y con ideales, ya que espera formar de toda su congregación vasos para honra y servicio útil a Dios, en lo cual trabaja, se afana y se desvela hasta ver su objeto realizado. Por lo tanto, lo primero que el pastor desea de su congregación es que sea comprendido. Quisiera que su grey sintiese que es pastor porque Dios le ha llamado a serlo y no porque se siente fracasado en la vida e inútil para todo otro servicio en la sociedad. Por el contrario posee una mente tan despierta como la de sus semejantes. Es capaz de ambicionar y progresar como lo haría cualquiera que se ocupa de una tarea secular y tuviese posibilidades de mejorar su posición. Es, en fin, un hombre con facultades y oportunidades como sus semejantes. Si hay alguna diferencia, ésta debiera ser: la consagración a su vocación, la convicción de su llamamiento divino y el desinterés por toda pasion lucrativa. La mayoría de los pastores sienten esto mismo de su misión. ¿Que han

habido casos en que esto no ha sido así? Es cierto. Eso podría servir para demostrar que cuanto más comprendido sea el pastor en su misión, menos tentación tendrá de desviarse de su objetivo. Pero si siente que le agobia la carga de la responsabilidad, mas el peso de la incomprensión de parte de los suyos, grande será la lucha y empinada la cuesta que deberá afrontar y a veces las fuerzas faltan... El escrito más fuerte del Nuevo Testamento, es la carta de San Pablo a los Gálatas, y fué motivada por la incomprensión obstinada de ciertos hermanos de algunas iglesias de aquella región, que ponían en duda el carácter divino de su apostolado. Que haya tenido que hacer tiendas en Corinto para ganarse el sustento, no le era tan doloroso a San Pablo, como el hecho de haber sido atacado el carácter sagrado de su vocación. Si el pastor es sincero delante de Dios y hace todo lo posible por honrar su ministerio cumpliendo con su deber en la medida de sus fuerzas, entonces ¿no tiene derecho a esperar de su congregación un grado respetable de comprensión?

Otro ideal de todo pastor es que la congregación le apoye. ¿Qué se quiere decir con esto? No significa que el pastor habla, sugiere, planea o actúa y la congregación deba acatarlo todo sin reserva alguna o sin consideración de ninguna clase. Eso no es apoyo; es más bien servilismo, y demuestra que tanto el pastor como la iglesia que aceptan tal criterio, carecen del sentido de la cooperación. No significa tampoco que el pastor busca ser apoyado sólo en el aspecto financiero. No es ese el más urgente apoyo que el pastor procura. Es más bien el apoyo moral y espiritual. Es decir, sentir que aun cuando es humano para equivocarse, la con-

gregación le apoya en sus motivos y sus fines. El aumento de su sueldo, no le será de tanto aliento como saber que cuenta con la simpatía y aliento de toda su congregación. Los pastores nos equivocamos y a veces nos equivocamos mucho. Y tiene que ser así. Aquellos que contínuamente deben afrontar la resolución de problemas están más expuestos al error, que quienes nada tienen que decidir en su vida. Equivocarse cuando los motivos y los propósitos son dignos, no es pecado; es sólo una lección aprendida en la escuela severa de la experiencia. Cierta vez se le preguntó a alguien: «¿qué es un amigo»? La respuesta sabia fué: «Uno que a pesar que conoce nuestros defectos, igual nos ama». ¡Qué alentador resulta para todo pastor sentirse apoyado espiritualmente! Dos humildes viejecitas oraron tanto por el gran D. L. Moody, sin éste saberlo, que hicieron cambiar el giro de su vida y predicación. Es que el pastor siente tantas necesidades espirituales como cualquier miembro de su iglesia. ¡Cuánta fuerza tiene la súplica de San Pablo a los hermanos de Efeso: «Hermanos orad... por mí»!, lo cual significa: «Hermanos, apoyadme con vuestro espíritu».

Por último, el pastor quisiera ver que su congregación hace tales progresos que sienta que no trabaja en vano. Esto es lo que antes denominamos el romance del pastor. Como artesano de carácteres y de espíritus, ve que sus vasos van tomando forma y su labor va llevándose a cabo con resultados positivos. Seguramente el vaso se ha quebrado varias veces en lo mejor de su trabajo, y otras tantas lo ha hecho de nuevo. Pero lo importante no son las horas pasadas junto a la rueda, sino ver que hay resultados visibles. No tra-

baja en vano cuando ve que hay conversiones, cuando nota que edifica a la iglesia, cuando distribuye el trabajo, de tal manera que descubre los dones de cada miembro del cuerpo y en fin, cuando nota que su vida, su palabra y su influencia, ayudan a luchar y a triunfar a todos los que le rodean; cuando siente que «no hiere al aire» y que aun cuando sea duro el trabajo sabe que lo realiza inspirado por la victoria que más tarde o más temprano obtendrá con la ayuda de Dios y de su amada congregación. Esto es a grandes rasgos lo que cada pastor desea de su iglesia. ¿Será demasiado? La congregación seguramente querrá ayudarle a cumplir su ideal, bajo la dirección de Dios.

Pasemos ahora a considerar la segunda pregunta de nuestro tema:

II. ¿QUÉ QUISIERAN LOS MIEMBROS DE SU PASTOR?

Una mente puede dirigir a un grupo, mejor de lo que resultaría si un grupo de mentes tuviese que dirigir a una sola persona. Por eso se hace más dificultoso resumir cuales serían los ideales de una congregación en relacion con su pastor. Cada miembro de una iglesia es un mundo completamente diferente a los demás: piensa diferente, siente diferente, acciona diferente del otro. Resulta más que difícil que el pastor llene completamente todos los ideales de cada miembro de su iglesia. Si todavía alguno cree que es cosa fácil ser pastor consciente de una iglesia, piense en ello y se convencerá de su error. ¡Un hombre frente a 100, 200, 300, o más mundos, a los que debe dar algún alimento, algún estímulo y más aún llenar sus necesidades espirituales!

Sin embargo existen ideales comunes a todo miembro de iglesia en cuanto a su pastor. De entre ellos solo hemos escogido dos, que más que localistas, son ideales universales.

1. *La congregación quisiera ver en su pastor un dechado de vida moral y espiritual.* En lo que se refiere a la parte moral, la iglesia lo quisiera ver viviendo en un plano superior a la sociedad que le rodea. Esto significa, que antes de aceptar la ética corriente, el «modus vivendi» de su alrededor, la comparará y cotejará con la ética del Sermón de la Montaña. Descubriremos entonces que será necesario en muchas ocasiones reaccionar en forma negativa ante la ética o costumbres corrientes, para mantener una limpia conciencia delante de Dios y de la iglesia. Nuestro patrón moral, o se adapta a las normas de Cristo o seremos pastores otorgando un gran «handicap» moral a nuestra congregación. Y ¡ay! del pastor cuando la congregación decide aprovecharse de esta ventaja moral. La vida del pastor tendrá algo que decir a la iglesia en relación a los problemas morales. Y la congregación espera esta palabra. Los miembros de nuestras iglesias a menudo se preguntan: ¿Qué piensa nuestro pastor del robo? ¿Qué de la mentira? ¿Qué de los vicios «inofensivos»? ¿Cuál es su actitud frente al dinero, y cuánto brillan sus ojos ante la posibilidad de obtener más? Lo menos que espera la congregación de su pastor es que frente a todo esto, muestre sobriedad, templanza y absoluta honestidad. Sí; la iglesia tiene ideales morales para con su pastor.

Frente a la parte espiritual de su misión, le quisiera preparado y consagrado. Esto es, que no quisiera ver en el pastor un revólver de repetición, sino una fuente siempre

pura de la que brota mensajes llenos de la potencia del Espíritu Santo y cuyo contenido sea en lo posible la solución a los problemas espirituales de la actualidad. Si por ejemplo, el materialismo amenaza absorver toda fe y vida del espíritu, mal ayudará el pastor a su congregación con mensajes puramente místicos y etéreos. ¡Cuán fructífero sería nuestro ministerio si pudiésemos ver siempre las necesidades inmediatas de nuestra congregación! La falta de experiencia nos hace cometer errores en ese sentido y a veces nuestros sermones más se aplican a las necesidades del siglo XVI que a las del nuestro en la actualidad.

Los miembros de nuestras congregaciones quisieran ver a sus pastores rebosando de aquella vida que emana de la comunión con Dios. «Que vean brillar sus rostros cada vez que descienden de la presencia de Dios». De algunos siervos de Dios se dice que estar en su presencia es sentirse más cerca de Dios. El sendero que conduce a la comunión con Dios, solo se conoce por haberlo transitado muchas veces. Nuestras iglesias quisieran que sus guías les enseñen el camino. 2. En segundo lugar la iglesia quisiera que su pastor sea fiel custodio y propulsor de los postulados del Nuevo Testamento, que quiere llevar a la práctica dentro de la iglesia a que pertenece. Se entiende que cada iglesia tiene su propio perfil denominacional. No hemos de tocar aquí el problema de las denominaciones, sino que aceptamos el hecho de su existencia, pese a los innumerables esfuerzos por solventarlo. Cualquiera sea el rasgo denominacional que caracteriza nuestra iglesia se espera que el pastor sea fiel a los principios que rigen su vida y organización. Nadie debe

avergonzarse de pertenecer a alguna denominación, si está convencido de que su iglesia llena todas sus necesidades y aspiraciones religiosas. Esto sin desmedro del respeto que se debe a quienes no piensan como nosotros. El autor de estas líneas pertenece a una denominación y es pastor de una iglesia de ese sector evangélico. No cree que su denominación sea la más perfecta, solo quiere ser honesto con sus principios y con la iglesia que dirige.

Tratándose de que esta conferencia es para obreros y pueblo Bautista interesado en el tema, me permitiré enumerar tres de los más fundamentales de nuestras iglesias, que creemos que también sean Neotestamentarios.

1) *La autoridad infalible de las Sagradas Escrituras.*

Cuando leemos cuan ligada estaba la actividad de la iglesia antes de corromperse, con las Escrituras, comprenderemos que todo el énfasis que se dé a la autoridad de las Sagradas Escrituras, no carece de valor. «El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán», dijo el Señor Jesucristo; y estas palabras que nunca mudan, son las que la congregación espera que sirvan de norma de conducta de su pastor y también de la iglesia. Nuestras congregaciones y el pueblo cristiano en general aman las Escrituras y desean ser enseñadas e iluminadas de su contenido. Se ha dicho con razón que «los protestantes somos el pueblo del Libro» es decir de la Biblia. En este libro se encuentran las bases para todo el edificio de Dios; el fundamento para toda actividad de la iglesia y las leyes que deben regir las relaciones entre los cristianos. De ella brota tal caudal de inspiración que es imposible que el pastor no deje trasuntarlo en sus

sermones y en su vida. Por mantener el principio de la infalibilidad de las Escrituras por sobre la autoridad de sistemas o indivíduos, se ha sufrido mucho, e incluso la sangre de muchos mártires todavía clama a Dios, desde la tierra. Pese a los ataques de los enemigos del Libro, éste continua siendo para el verdadero pueblo de Dios, «lámpara a sus pies y lumbrera a su camino». En ella tenemos luz suficiente como para hallar el camino de la Salvación, la justificación por la fe, la suficiencia de la Gracia de Dios, la seguridad de la vida eterna y la participación de la herencia incorruptible en los cielos. Todas estas verdades tienen más fundamento que las mutables decisiones de concilios o las caprichosas historias de la tradición; ellas se basan en Dios, que las planeó, las realizó y las pone al alcance de todo ser humano. No; nada puede suplantar a las Sagradas Escrituras, postulado éste que es de infinito valor que la iglesia espera que su pastor custodie y propulse con toda su alma.

2) Otro pilar de nuestra fe evangélica, *es el caro principio de la libertad de conciencia*. Entendemos por él, el derecho inalienable que cada uno tiene de adorar a Dios según los dictados de su propia conciencia. Esto suena a herejía para muchos. No lo era sin embargo para Cristo, quien no se propuso otro método de convertir a las multitudes, que aquél que surge de la invitación y de la persuasión. Esto deja a cada persona la libertad de aceptar o no la invitación o de dejarse persuadir o no. El apóstol Pedro quiso persuadir a Malco, el siervo del Sumo Sacerdote, por medio de la espada y Jesús le reprendió, diciéndole: «Mete tu espada en la vaina, que no sabes las cosas que son de Dios,

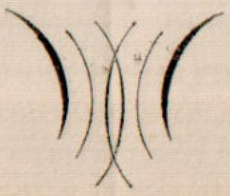
sino las que son de los hombres». La espada y la fuerza no son los mejores métodos para convertir al mundo al Evangelio. Cristo lo hizo por medio del amor, pero de un amor que se da por todos, aun por sus propios enemigos. Cristo no exterminó a los que no pensaban como El. ¡Oh, bendita manera de persuadir! Sigamos su ejemplo. Claro está que quisiéramos que todo el mundo fuese cristiano. Lo que no queremos ni podemos hacer es «cristianarlos» a la fuerza, o como alguien dijo «por decreto». Nuestra misión es predicar, dejando a cada conciencia la libertad de elegir, porque creemos que se es cristiano por libre elección o se es un incrédulo o escéptico disfrazado de cristiano. Hemos luchado por este principio y todavía habrá más lucha. Nuestras congregaciones desean que sus pastores sostengan en alto este postulado Neo-Testamentario de la libertad de conciencia, el cual constituye uno de los más importantes derechos que Dios otorgó a cada ser humano.

3) En último término, la congregación espera que su pastor sea custodio del principio del *sostén propio de las iglesias*. Las congregaciones del Nuevo Testamento conocían muy poco eso de depender de otro para su sostén, o por lo menos no lo conocían como norma corriente. Debemos dar gracias a Dios por las misiones y su incansable labor en los diferentes campos. Gracias a ellas el Evangelio se ha extendido a lugares que de otro modo jamás hubiesen sido alcanzados. Pero lo que la Misión comienza debe continuarlo y ensancharlo la iglesia local que ella, la misión, ha edificado. Una iglesia que se esfuerza por lograr su propio sostenimiento y al cabo de luchas y sacrificios lo consigue, ha

dado el paso más decisivo e importante de su historia. Las iglesias esperan llegar pronto a ese día; quizá esperan una palabra de estímulo y de fe de parte de sus pastores. Creo que es infundado el temor de quienes piensan que, depender del todo financieramente de la iglesia que pastorean, es sentirse en inferioridad de condiciones y a merced del capricho de los hermanos que aportan con sus ofrendas para el sostén del pastor. Mucho depende de las iglesias, y en gran parte del pastor. Pero no debemos olvidar que en todas las iglesias de todo el mundo existen en mayor o menor grado, aquellos que alguien ha llamado «los eternamente disconformes» de todo. Damos gracias a Dios que no abundan mucho en nuestras iglesias. Generalmente no son ellos los que más sacrificio hacen por la iglesia, ni moral, ni espiritual, ni financieramennte. Pero les agrada intervenir en toda polémica, especialmente cuando se trata de acrecentar los esfuerzos en pro de una mejora de algunos de estos aspectos de la iglesia. Pero el pastor no debe olvidar que es pastor de *toda* la iglesia, y no amoldar sus convicciones al gusto de algún disconforme, aunque éste sea miembro «influyente» de la iglesia. El sostén propio tendrá sus adversarios, pero solo las iglesias que han desplegado sus alas y conocen el significado de esta independencia lo avaloran y disfrutan sus beneficios. ¡Hermanos bautistas, luchemos y venzamos en esta tarea por sostener nuestras iglesias con fondos propios! Lo contrario es una herejía, como alguien lo ha expresado en esta conferencia; y lo es, pues es contrario a los principios que regían a las iglesias primitivas. Nuestras congregaciones lo esperan y esperan que sus pastores no dejen extinguir

la antorcha encendida y entregada a nosotros desde los tiempos remotos y triunfantes de las iglesias del Nuevo Testamento.

Solo nos resta decir para terminar, que tenemos por delante días muy brillantes para nuestra obra Bautista. De la comprensión y consideración entre los pastores y miembros de nuestras iglesias, dependerá tal vez la tardanza o la prontitud de la llegada de dichos días. No hay tiempo para perder en discusiones sin provecho dentro de las iglesias; si lo hacemos así, el enemigo de la iglesia de Cristo, lo aprovechará para sus malignos fines. Tomémonos de la mano pastores y miembros, y juntos aferrémonos a nuestro Guía Supremo y Príncipe de los Pastores, Jesucristo, de modo que podamos cumplir con el propósito del Señor al fundar su iglesia, propósito que se sintetiza en ésto: redimir al mundo por la predicación del Evangelio de amor y de paz, y no descansar hasta ver que «los reinos del mundo han venido a ser los Reinos de Dios y del Cordero».



Talleres Gráficos MOLINA . - Almansa